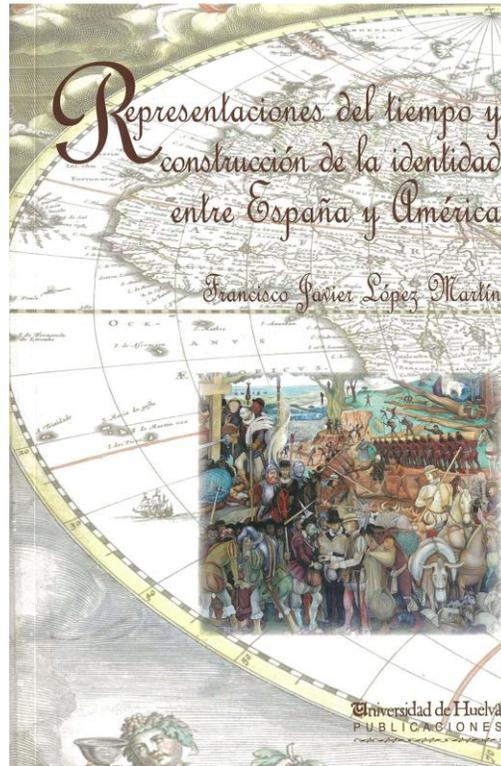


López-Martín, Francisco Javier. *Representaciones del tiempo y construcción de la identidad entre España y América (1580-1700)*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2012. ISBN: 978-84-15633-03-7. 196 pp.

Reviewed by: Fernando Rodríguez Mansilla
Hobart and William Smith Colleges



Desde su aparición hace más de dos décadas, los estudios transatlánticos han gozado de gran vitalidad y cada año su bibliografía se enriquece con nuevas contribuciones. El volumen que reseñamos a continuación constituye una novedad de buen calibre crítico, por indagar en torno a la epistemología barroca a partir del encuentro entre europeos y americanos en la encrucijada de la empresa de colonización que cubre el periodo de 1580 a 1700. Ingrediente primordial de esta *episteme* aurisecular es la noción del tiempo, que será el *fil rouge* de esta investigación de Francisco Javier López-Martín, profesor en Denison University. Como lo señala explícitamente su título, este estudio explora las representaciones de la temporalidad en textos tanto coloniales como peninsulares y a través de ello la consecuente construcción de la identidad y su contraparte (la otredad) durante el Siglo de Oro.

El estudio se abre con una exposición teórica que explora los diversos conceptos de tiempo que existían, arrancando en la temporalidad antigua de los griegos (con su visión mítica y cíclica del tiempo) frente a la lineal propia de la tradición judeo-cristiana. Se trata de concepciones que convivieron y en algún momento confluyeron durante la Edad Media europea. Tras la exploración americana, López-Martín considera un hito la aparición del tiempo absoluto, acuñado por Isaac Newton, el cual asumió la linealidad judeo-cristiana, pero ahora desacralizada y vuelta una categoría objetiva de alcance

científico. A continuación, el investigador propone la hipótesis central de su trabajo: el encuentro de Europa con el Nuevo Mundo supuso una crisis en torno a lo que era considerado la “realidad” y el choque de culturas, marcado por la imposibilidad de comunicación, se dramatiza en los “tiempos” distintos, el circular indígena y el lineal de los occidentales, que son, al principio, contradictorios. Con el conflictivo encuentro, surge el trauma de la Conquista y los consiguientes discursos que lo plasman con el fin de superarlo, a través de las obras del Inca Garcilaso y Bernal Díaz del Castillo. De acuerdo con López-Martín, solo los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca logran elaborar una representación más compleja, hasta el punto de que “al final de su obra, para el autor, el indígena no es ese otro radicalmente diferente del que habla Levinas, sino que lo reconoce como igual” (96). Otro ejemplo de esa “otra realidad” que impone América y una forma de dar cuenta de ella lo encuentra López-Martín en la particular temporalidad de *La araucana* de Alonso de Ercilla, cuya organización episódica rompe con las convenciones de la épica renacentista, renovando el género y “americanizándolo”, diríase. El análisis de estos textos coloniales lleva al investigador a sostener que nos hallamos frente a una “narrativa en ruinas” (103), producto de esta imposibilidad de comunicar la experiencia americana con las herramientas que la tradición europea proveía por entonces.

Erosionadas las bases del cosmovisión occidental por la otredad que representaba América, el discurso barroco se alimenta de esta crisis de representación y de temporalidad. De allí que el siglo XVII vea surgir obras, en ambas orillas del Atlántico, que reflejan el “nuevo orden” producto del giro epistemológico que se aleja de la tradición previa al descubrimiento del nuevo continente. Una de las cumbres de esta modernidad es *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, la cual “encierra una crítica al modelo ideológico europeo y cristiano, buscando mostrar una Europa amplia, múltiple y tolerante” (108). Junto a esta novela cervantina, López-Martín analiza el entremés de *El retablo de las maravillas*, reflexionando en torno a los diferentes tiempos que se llevan al escenario y se yuxtaponen. Similar operación se encuentra en la *Nueva corónica y buen gobierno* de Guaman Poma de Ayala, en la que también conviven modelos epistemológicos diferentes, sin anularse o contradecirse, sino ampliando los márgenes de la realidad que intenta plasmar el cronista.

La última parte de este estudio se ocupa de explorar el teatro del XVII a la búsqueda de representaciones temporales que ponen de manifiesto esta reinención de la realidad que caracteriza la modernidad barroca. Aquí el investigador pone especial atención en el género del auto sacramental, debido a su espectacularidad, su carácter masivo y didáctico, así como por su dimensión alegórica. Según López-Martín, en el periodo barroco la alegoría “ya no puede hacer presente el mundo de las ideas sino el proceso mismo de búsqueda del concepto. De este modo, la alegoría se libera y hace evidente el acto de la representación misma como construcción” (151). En este sentido, son notables los asedios críticos a los autos *La nave del mercader*, *El día mayor de los días* y *La vida es sueño*, textos en los que la representación del tiempo salta a primer plano y resulta clave para la construcción dramática y su mensaje. En el primer auto mencionado, por ejemplo, el Tiempo, lejos ya de adoptar la imagen del viejo Cronos, se encarna en un letrado funcionario, figura familiar en la época, signo de la modernidad basada en la documentación y el registro. Finalmente, se analiza el mito de Eco y Narciso en la comedia palaciega homónima de Calderón y en el *Divino Narciso* de Sor Juana Inés

de la Cruz, estableciendo en ambas piezas la dimensión experimental y crítica de la cosmovisión europea que plantean sus autores.

Las conclusiones que ofrece este libro son amplias y ricas. Quizás una de las más sugerentes es la que enfatiza el rol fundamental que pasa a tener la imaginación en los textos del barroco, los cuales se alimentan de los nuevos conceptos del tiempo y la realidad, múltiples y no contradictorios, que propone el océano Atlántico a quienes lo transitan: “En este nuevo modelo, el espacio de la imaginación es el que organiza los acontecimientos, de manera que permite la convivencia simultánea de las distintas percepciones temporales existentes” (182-183). Es la primacía de la imaginación como recurso para comprender la realidad lo que da pie a fenómenos como la metaficción, los mundos virtuales y la especulación teórica; prácticas discursivas que nos resultan tan familiares en tiempos actuales y que fueron no obstante forjadas entre los siglos XVI y XVII, como repuesta a la crisis que América supuso para los esquemas mentales que habían tenido sentido durante siglos para el sujeto europeo.

Finalmente, *Representaciones del tiempo y construcción de la identidad entre España y América* cumple su cometido con creces: no es solo un estudio elaborado con un sólido respaldo teórico, sino que ofrece una nueva mirada, con ideas estimulantes y susceptibles de ser ampliadas, en torno a textos canónicos, tanto coloniales como peninsulares. Se trata de una tarea encomiable, ya que recupera el diálogo entre obras y autores que han sido abordados tradicionalmente como estancos separados: “Siglo de Oro”, por un lado, y “literatura colonial”, por otro. Resulta más que oportuno superar estas divisiones, herencia de los viejos planes curriculares, en aras de una mejor comprensión de la temprana modernidad en los territorios hispánicos.